# Los cronistas hispano-judíos

El Director de esta Revista, mi queridísimo amigo y maestro, don Mariano Gaspar Remiro, hoy catedrático de lengua hebrea en la Universidad Central, exaltado por virtud de sus propios méritos a un honroso sitial en la Real Academia de la Historia, leyó, en el acto de su recepción pública, celebrada el día 22 de Mago último, un hermosísimo discurso sobre el tema que sirve de título a estas líneas; y al honrarse nuestra publicación, reproduciendo tan notable discurso, considero deber de afecto y justicia precederlo de unas breves consideraciones sobre su autor y su obra, bien que, como mías, han de carecer de aquella importancia que la de su trabajo reclama.

Bien es cierto que todo cuanto yo pudiera apetecer para el justo elogio del maestro, lo ha dicho en contestación al recipendiario, el insigne polígrafo doctor Adolfo Bonilla San Martín con la maestría de forma y profundidad de fondo, que son las características de todas las obras que produce su fecundo y bien cultivado ingenio.

Bastaría, pues, y aun colmaría la medida de mi deseo, la inserción en estas páginas del breve pero sustancioso discurso-contestación al nuevo académico, del señor Bonilla San Martín, donde se exponen, aquilatan y ponderan los títulos que han llevado al alto puesto que hoy ocupa el señor Gaspar Remiro, «historiador de tan probados merecimientos... cuyas investigaciones son unánimente celebradas por el mundo culto, constituyendo, en su conjunto, una capital aportación a la historia, a la bibliografía y a la filología de mulsr'manes y hebreos españoles.» Pero como quien escribe estas líneas ha vivido al lado del insigne investigador, durante su larga y fructuosa permanencia en esta ciudad de los Cármenes, en calidad de amigo y discípulo, viéndole trabajar diariamente y asistiendo a la gestación y alumbramiento de la mayor parte de sus obras, no puedo resistir al deseo de consignar aquí algo íntimo, algo de que sólo puede certifi-

car quien por encima de su hombro le ha visto escribir; es decir, aquella honradez que ha puesto siempre en su labor.

En efecto, Gaspar Remiro, en todas sus obras, ha apurado siempre la letra, queriendo yo manifestar con ésto, que ha llevado su espíritu de crítica a los más extremos límites, recurriendo a cuantas fuentes le ha sido posible, juzgándolas separadamente y compulsándolas entre sí, sometiéndolas con gan frecuencia a hábiles careos, cuando ha creído hallar contradicción entre ellas, analizándolas con paciencia de benedictins y minuciosidad de alquimista, para extraerles el oro de la verdad que encerraran o desecharlas si del concienzudo examen resultaba patente su insignificancia. Y tras del estudio de las fuentes documentales, venía luego la dura labor de la interpretación de su texto, el penoso trabajo de la traducción en la que, no obstante el absoluto dominio que de los idiomas hebreo y arábigo tiene el señor Gaspar Remiro, insistía una y otra vez, siempre desconfiado de sí propio, hasta lograr la mayor seguridad posible de acierto, en cuyo caso disponía sus originales para... una nueva revisión.

Por la enumeración de las obras, hasta ahora publicadas, del nuevo académico de la Historia, cuya lista, con una breve pero acertada crítica expone el señor Bonilla en su contestación, se vé que el señor Gaspar Remiro ha sentido mayor predilección por la investigación histórico-arábiga que por la hebráica; pero esta marcada predilección se la impuso, desde luego, la mayor importancia, la grandísima importancia debe decirse, que para nuestra historia tiene cuanto se relaciona con un tan largo y hasta ahora difuso período de nuestra vida nacional. Merced, pues, a la constante, concienzuda y bien orientada labor del señor Gaspar Remiro, hase proyectado mucha luz sobre aquel período, disipándose las sombras que ocultaban sus contornos y desvaneciéndose gran número de leyendas que, como hiedra exuberante, habían ido alterando, primero, las verdaderas líneas de su estructura y ahogando, por último, la masa total del edificio.

Cuanto concierne a la página final de la gran apopeya de nuestra Reconquista, a la entrega, que no toma, de Granada, ha sido puesto en claro, definitivamente, por nuestro Director, sentando afirmaciones que por nadie podrán ser contradichas, puesto que las ha deducido, no sólo de los relatos de los historiadores árabes, sino de una escrupulosa compulsa de éstos con los cronistas cristianos de la época. Los trabajos, por consiguiente, del señor Gaspar Remiro, son de utilización obligadísima para los modernos historiadores de nuestra

Patria, quienes, comprendiéndolo así, siguen con interesada curiosidad la labor del nuevo académico, como el orfebre ha de seguir la del buscador de áureas pepitas.

Pero cuando el señor Gaspar Remiro parecía definitivamente entregado a la investigación arábigo y exclusivamente especializado en ella, nos sorprende con su discurso de recepción en la Academia de la Historia, en el que trata un tema hispano-hebreo, con igual competencia que si de un tema de nuestra historia musulmana se tratase, escogiéndolo, tanto por su actual representación en la enseñanza universitaria, como por su «buen deseo de justificar, en cierto modo la razón particularmente aducida por los autores de la propuesta de mi ingreso en esta Real Academia.»

Realmente, como verán los lectores, el discurso del señor Gaspar Remiro, sobre «los cronistas hispano-judíos» es una verdadera joya, donde después de una consideración preliminar sobre «la Historia en la Literatura Hispano-judáica», tan acertada como erudita, pasa a estudiar, en grandes pero acabadas síntesis, ya que la índole del trabajo no permitía otra cosa, los cronistas hispano-judíos R. Abraham Halevi ben David de Toledo, Abraham ben Salomón de Torrutiel, R. Josef ben Tsaddic de Arévalo, Abraham (ben Samuel ben Abr.) Zakulh o Zacuto y los Ben Verga y su labor histórica, analizando muy juiciosa y atinadamente sus obras poniendo en su punto la importancia y el valor de cada uno de ellos y encerrando en una «Conclusión» final de su discurso toda la doctrina que del estudio de esos cronistas hispano-judíos puede deducirse.

Mas hora es ya de acabar con la impaciencia del lector, poniendo fin al estrecho y oscuro pasadizo de estas líneas, abriéndole de par en par las puertas que dan al amplio edificio levantado por la ciencia del maestro. Entra en él, lector, y admira lo admirable.

*Aureliano del Castillo*